

V Jornadas de Investigación en Humanidades

Departamento de Humanidades
Universidad Nacional del Sur
Bahía Blanca, 18 al 20 de noviembre de 2013

www.jornadasinvhum.uns.edu.ar



Volúmenes Temáticos de las
V Jornadas de Investigación en Humanidades

coordinación general de la colección
GABRIELA ANDREA MARRÓN

Volumen 15

**Las huellas de la violencia:
registros y análisis de las prácticas
violentas en perspectiva
interdisciplinar**

ELEONORA ARDANAZ
JUAN FRANCISCO JIMÉNEZ
SEBASTIÁN ALIOTO

(editores)

Lamentaciones mesopotámicas: huellas de violencia en textos de la antigüedad oriental

Stella Maris Viviana GÓMEZ
Universidad Nacional del Sur
vivig@surlan.com.ar



La llanura aluvial de la antigua Mesopotamia Asiática fue el escenario donde florecieron numerosos y exquisitos jardines, cuyos diseños han llegado hasta nosotros gracias a la difusión de expresiones literarias y artísticas legadas fundamentalmente por los dinastas de Sumeria y de los reinos de Mari, Asiria y Babilonia. Sin embargo, este aspecto vinculado a un paisajismo que espejaba un lugar de ensueño, bienestar y gozoso recreo –en el que no había rivales ni existía el miedo o el dolor-, modelo de inspiración para el “Jardín del Edén” en el que se ambientó la bíblica historia de Adán y Eva, se encuentra relegado en los estudios orientales que parecen haber priorizado una especie de “crónica de la violencia”.

La violencia, en cuanto fenómeno vinculado al poder –y a lo sagrado–, experimentó en la antigua cuenca mesopotámica un amplio grado de desarrollo –tangibles en la actual cuenca petrolífera árabe de Iraq–, posibilitando la constitución de sólidas formaciones estatales –muchas de ellas con aspiraciones de universalidad– y el control efectivo de una población plural.

La aplicación de políticas y tácticas que tuvieron como propósito provocar el *gilittum*, es decir, generar “terror” entre las milicias extranjeras y la población civil descontenta, alcanzó profusa difusión a través de variados canales intimidatorios: físico/psicológico, simbólico/ceremonial, discursivo/estético, utilizados de manera simultánea en aras del vínculo dominación-subordinación y la correspondiente aceptación política.

La manifestación de dicho fenómeno encontró en la guerra –y el consecuente tratamiento de los vencidos– su mejor expresión, y sobre su endémica persistencia se cimentó un modelo de “realza heroica” que en las inscripciones conmemorativas y en la épica supo jactarse de la destrucción y el saqueo de numerosas ciudades, silenciando o proclamando con arrogancia el sufrimiento de aquellos grupos poblacionales obligados a asumir la condición y las obligaciones de súbditos en un nuevo ordenamiento espacial.

No obstante, revisando el amplio corpus documental del Bronce Antiguo y persuadidos de la existencia de un vínculo directo entre “texto y memoria”, postulamos la posibilidad de rescatar y analizar el impacto material y psicológico que todo tipo de prácticas violentas tuvo en los segmentos que sobrevivieron a ellas, puesto que su impronta ha trascendido en las *Lamentaciones*, composiciones literarias de la época que lograron resistir el paso de los siglos para permitirnos reflexionar acerca de la dinámica relacional entre “vencedores y vencidos” y sus posibles efectos en el comportamiento y la emocionalidad colectiva.

Violencia y Gestión de Poder

Durante el III milenio a.C., en Mesopotamia destacaron dos tipos de formaciones políticas: las ciudades estados sumerias y los reinos de Akkad y de Ur III, organizaciones de tinte monárquico que en el plano ideológico adquirieron una fundamentación de carácter sagrado al conferírsele a la realza un origen divino y al Rey un poder absoluto en el desempeño de un rol “sacro”.

Motivada por la avidez de poder, la expansión de estas agrupaciones estatales se efectuó de manera violenta y atentando contra cualquier tipo de “relaciones de tolerancia”, de modo que tanto las numerosas batallas contra un enemigo exterior –considerado un obstáculo para la ampliación de dominios reales y una amenaza latente que era necesario sojuzgar– como el sofocamiento de las frecuentes rebeliones de súbditos locales agobiados por las exacciones tributarias, las sucesivas prestaciones de servicios obligatorios y las frecuentes levas –descontento que debía ser silenciado en beneficio del orden interior–, tiñeron con sangre la geografía de las zonas urbanas, de la estepa y de la montaña.

Para los grandes dinastas y sus súbditos, la guerra se transformó en un asunto cotidiano y resultó impensable concebir la vida sin ella. Como consecuencia directa de un permanente estado de conflicto tuvo lugar un proceso de reordenamiento constante en las relaciones entre

“vencedores y vencidos”, que permitió a los primeros proclamar sus victorias y el apoyo divino a su gestión, y a los últimos enfrentar el enigma de la muerte o insertarse en los estratos de la sociedad receptora como prisioneros, integrando un sistema de explotación y de lealtades obligatorias.

En beneficio de un proyecto de unidad política y para ensalzar la figura de un rey héroe, sin rival y absoluto garante del orden en la divina creación, la realeza difundió a través del texto y de la imagen los efectos visibles de la violencia: daños materiales, capturas y ejecuciones de vencidos, apilamientos de cadáveres devorados por buitres, humillante traslado de prisioneros a modo de botín humano, rituales de purificación de armas manchadas de sangre, intimidando y sembrando terror en la psicología colectiva de los adversarios.

En este violento contexto, y aprovechando la tendencia natural de generalizar y establecer imágenes estándares a partir de un modelo, los pueblos que en el mapa mental monárquico se encontraban excluidos del “centro del mundo” fueron cruelmente segregados y estigmatizados. Los intelectuales del poder recurrieron a la “violencia discursiva” para difundir una imagen del “otro” que por habitar en una “periferia” considerada caótica y hostil, carecía de todo signo de civilización y de identidad, de pertenencia a un estado dinásticamente organizado.

La connotación negativa de los habitantes de la estepa y de la montaña hizo que el “extranjero” fuese considerado un “peligro de contaminación” para el “centro” e incitó a emprender campañas militares de conquista y subordinación, retroalimentándose así el “ciclo de la violencia” que posibilitó a la institución monárquica justificar su permanencia y el afán de dominio universal, de control sobre las “cuatro partes del mundo”.

Violencia, Memoria y Lamentaciones

Establecidos los fundamentos legitimadores de la violencia y su insistente recurrencia en las organizaciones estatales mesopotámicas, resulta tentador recuperar los efectos que dicho fenómeno produjo sobre los sectores que sobrevivieron al mismo.

Dificulta nuestro propósito que la mayor parte de las fuentes procedan del círculo letrado ligado al poder –en una sociedad prácticamente excluida de la escritura y de la lectura de los signos cuneiformes–, de manera que en la “producción oficial” no hubo espacio para el descontento: las víctimas de la violencia estatal fueron presentadas en calidad de “rebeldes” que atentaron contra el orden

garantizado por la institución monárquica y su red de asimétricas relaciones sociales.

Sin embargo, el rescate de huellas de violencia y el impacto material y psicológico que tuvo en los grupos humanos que pudieron resistir para recordarla resulta factible si efectuamos nuevas lecturas de antiguas composiciones denominadas *Lamentaciones*.

Se trata de un género literario que surgió como consecuencia del colapso sufrido por algunas ciudades, que constituyendo o formando parte del “centro” habían sido invadidas, saqueadas y destruidas con encono; por ende, estas fuentes han sido entendidas como una “respuesta melancólica” ante una situación violenta determinada, caracterizándose por expresar tanto queja como dolor y pesar por alguna calamidad (Roston Maderna, 2005: 106)¹.

La índole de este trabajo no permite examinar la totalidad de las *Lamentaciones*, por ende, la selección de *El Lamento de Urukagina de Lagash*², *La Maldición de Agade*³ y *La Lamentación de Ur*⁴ resultó atinada para un análisis generalizador del tema en nuestro recorte temporal.

La ciudad, concebida por la mentalidad mesopotámica como residencia de los dioses y sede del poder político, cuya muralla perimetraba un territorio civilizado y lo separaba del caos, ocupó un lugar central en estos relatos: Lagash, Agade y Ur simbolizaron “islas de orden en un océano caótico” (Verderame, 2009: 43); y su correcto

¹ Las *Lamentaciones*, generalmente, formaron parte de la liturgia de distintas ceremonias divinas, como el consumo de sacrificios y libaciones, la reparación de instrumentos musicales pertenecientes al culto y la demolición y restauración de templos con el fin de apaciguar a los dioses (Böck, 2005:139), de allí que muchas de ellas fueran leídas o recitadas por un sacerdote *gala* o *kutu* con el acompañamiento de un instrumento musical – arpa, lira o timbal-.

² Conocida también como *El Hombre de Umma*, fue plasmada en una tablilla de arcilla en el año 7 del reinado de Urukagina (2350 a.C.). Procedente de Girsu, se encuentra en el Museo de Louvre. Si bien en la tradicional clasificación sobre la evolución del género de las lamentaciones esta composición no está considerada (Vanstiphout, 1986: 7-9), nos inclinamos por la postura de P. Michalowsky para quien dicho texto no puede ser descartado (Cooper, 2006: 43).

³ Denominada también *El Ekur Vengado*, ha perdurado en siete tablillas de arcilla procedentes de Nippur. No hay forma exacta de fecharla pero se presume que data del período de Ur III, aunque describe sucesos que responden cronológicamente a la etapa final del Reino de Agade. Pertenecientes a la colección particular de Hermann Hilprecht, se conservan en la Universidad Friedrich-Schiller de Jena.

⁴ Reconstruida en base a veintidós tablillas de arcilla procedentes de Ur y de Nippur, expuestas en su mayor parte en el Museo de Louvre. Data del período de Isin, posterior a Ur III.

funcionamiento se estimó garantizado por la figura real en relación directa con lo divino. Sin embargo, todas estas ciudades constituyeron escenarios de conflictos bélicos, cuyas secuelas fueron a posteriori plasmadas en tablillas de arcilla –en algunos casos copiadas por generaciones de escribas–, asegurando su aleccionador recuerdo en la memoria de los pueblos.

La vulnerabilidad de la ciudad fue expresada abiertamente en las Lamentaciones, admitiéndose que su fisonomía podía cambiar drásticamente y que el caos podía reemplazar al orden. Por ello, la “seguridad” dentro de los muros citadinos no siempre fue vivenciada por los súbditos del bronce antiguo como “garantía” del sistema real –como aseguraban las inscripciones oficiales–; implicó un estado frágil, con una significativa carga de inestabilidad, dependiente del arbitrio divino.

Las composiciones aluden a la permeabilidad de las fronteras del “centro” al proclamar con amargura la intrusión de fuerzas antagónicas en los espacios urbanos, remarcando la extrema violencia de los agentes devastadores que no discriminaron entre sus víctimas –dioses, reyes y súbditos–, causando un fuerte impacto en el psiquismo social.

Urukagina, en representación de sus súbditos, lamenta los efectos visibles de la embestida de Lugalzagessi⁵ en Lagash, enumerando la destrucción, el saqueo y el incendio de diecinueve construcciones religiosas, subrayando la gravedad de un acto que trascendiendo el plano terrestre atentaba contra la esfera divina. En Agade, los efectos de la arrasadora invasión guti⁶ fueron experimentados por sus víctimas como si se tratase de una catástrofe natural: incendio/inundación/bandada, cuyo avance destruyó y esterilizó el reino⁷. En Ur, la incursión elamita⁸ fue recordada como huracán/langostas cuyo avance obedeció a un inmotivado decreto divino, tolerado con total resignación.

La diferencia entre estos lamentos radica en que Urukagina culpa directamente a uno de sus rivales contemporáneos de la violencia y el sufrimiento de Lagash, mientras que en las fuentes de Agade y Ur los

⁵ Lugalzaggesi, rey de Umma, logró ejercer su influencia sobre las ciudades sumerias del sur mesopotámico en un ambicioso intento de unidad política que efectivizó hacia el 2340 a.C.

⁶ Los guti fueron un pueblo del Zagros, que precipitaron la caída del reino de Agade hacia el 2230 a.C.

⁷ Para la mentalidad mesopotámica, los agentes naturales formaban parte del bagaje bélico de las divinidades, constituyendo la difusión del mito sumerio del “diluvio” uno de los mejores ejemplos de su asimilación intelectual.

⁸ Los elamitas fueron habitantes del sudoeste de la meseta del Irán que aprovecharon la debilidad de Ibbi-Sin para poner fin a la III dinastía de Ur, hacia el 2003 a.C.

invasores guti y elamitas son presentados como “instrumentos bélicos” utilizados por los dioses, argumento que enmascarando el clima de inestabilidad socioeconómica de los respectivos reinos constituyó un atenuante literario ante la humillación del ocaso del “centro” y el triunfo de la periferia.

El saqueo y la destrucción de templos y estatuas forzaron el abandono divino de las ciudades y la consecuente pérdida las prerrogativas indispensables para la dinámica urbana. Al quedar los dominios reales carentes de apoyo sagrado, y al ser lo “urbano” y “seguro” reemplazado por lo “ruinoso” y “peligroso”, el simbolismo del “centro” se diluyó en el imaginario colectivo: “Cuando alguien decía: ¡Viviré en esa ciudad!, no podía disfrutar los placeres de una morada. Cuando alguien decía: ¡Descansaré en Agade!, no podía disfrutar los placeres de un lugar de descanso” (Di Benardi, 2009: 28).

Algunos monarcas, a través del lamento, osaron dejar testimonio de sus “limitaciones” frente a una situación vehemente, renunciando a su heroico triunfalismo y asumiendo la identidad de “víctima” frente a las ruinas de su ciudad. Urukagina, a causa del trauma sufrido, reclamaba un justo castigo divino a Lugalzagessi, –cimentado también en la violencia–: “El líder de Umma habiendo saqueado Lagash, ha perpetrado un pecado contra Ningirsu ¡La mano que ha sido levantada contra él (Ningirsu) será cortada! ¡No es un pecado de Urukagina, el rey de Girsu! ¡Pueda Nisaba, la diosa de Lugalzagessi, gobernante de Umma, hacerlo... asumir el pecado!” (Cooper, 1983: 52).

En el caso de Agade, el escriba utilizó el cálamo para “responsabilizar” en forma directa a Naram-Sin de la destrucción de la capital, cuestionando su excesivo afán de poder y su arrogancia –que trascendió el ámbito terrenal mediante la sacralización de su figura–, situación que al incrementar la brecha entre el dinasta y su círculo más íntimo motivó la articulación de un “antimodelo de realeza”⁹. La maldición al rey y a su ciudad, es puesta en boca del divino Enlil, de modo que la violencia se hace presente en tanto venganza disciplinadora de una gestión real considerada también violenta, garantizándose así su “continuum”:

⁹ La invasión guti tuvo lugar con posterioridad a Sharkalisharri; por ende, es probable que la figura de Naram-Sin haya sido intencionalmente ubicada en este contexto obedeciendo a la necesidad de las élites de autorrescatarse de la humillante situación de haberse convertido en títeres de un régimen divino; por ello es que Naram-Sin adquiere la imagen de un líder frustrado que sólo puede actuar sujeto al poder divino que le impone límites infranqueables (Bernbeck, 2008: 170). A pesar de este voluntario error histórico, la *Lamentación* resulta de inestimable importancia para el tema que nos compete.

Enlil hizo salir de las montañas a aquéllos que no se parecen a otra gente, que no son considerados como parte del País, los Guti, un pueblo desenfrenado... Como pequeños pájaros descendieron en picada sobre el suelo en grandes bandadas. Por Enlil, extendieron sus brazos a lo largo de la llanura como una red para animales. Nada pudo escapar a sus garras, nadie se libró de sus manos (Di Benardi, 2009: 27).

En la *Lamentación de Ur*, la destrucción de la ciudad no fue consecuencia de la conducta de Ibbi-Sin¹⁰, sino decretada caprichosamente por los dioses, pues a Ur le había sido asignada la realeza pero no un reino eterno¹¹: “La total destrucción de Ur ellos ordenaron. Que su gente sea asesinada, eso decretaron para sus destinos... Anu no cambia sus órdenes, Enlil no altera sus órdenes” (Samet, 2009: 90).

Advertimos entonces que en las fuentes, la institución monárquica no fue cuestionada ni responsabilizada de la adversidad de los súbditos; el énfasis fue puesto en la impotencia de la figura real, que no supo detentar la prerrogativa de “protector” del pueblo: perdiendo el honor, el trono o experimentando el terror del cautiverio, los dinastas fueron víctimas presenciales del sufrimiento de sus súbditos y de la destrucción de sus dominios –en especial de aquellos lugares simbólicos de confinamiento y protección como los santuarios, las murallas y las puertas de la ciudad–, compartiendo con la sociedad el dolor y el horror de las irreparables pérdidas:

Las puertas del país yacieron arrancadas en el barro... Como si hubiera sido antes de la época en que se construyeron y fundaron las ciudades, las grandes extensiones de tierras de cultivo no produjeron grano, las extensiones inundadas no produjeron peces, los huertos irrigados no produjeron vino ni almíbar, las densas nubes no descargaron su lluvia... En sus llanuras, donde crecía la magnífica hierba, crecieron ahora los juncos del lamento. El agua dulce que fluía en Agade fluyó como agua salobre (Di Benardi, 2009: 28).

¹⁰ Explícitas referencias a Ibbi-Sin, último dinasta de Ur III conducido a Elam como cautivo de guerra, pueden encontrarse en Michalowski, P. (1989) *The Lamentation over the destruction of Sumer and Ur*, Winona Lake, Eisenbrauns.

¹¹ Afirmación que permite inferir que a los ojos de los sectores vinculados al poder, la dinastía de Ur III respondía mucho mejor a sus expectativas de clase que la de Agade, si bien el nombre de Ibbi-Sin fue recogido por la tradición posterior de los presagios como sinónimo de “desgracia” y “destrucción” (Liverani, 1995: 243).

Las murallas fueron destruidas, la gente gimió.
En sus elevadas puertas, se encontraban cuerpos sin vida...
En todas sus calles, los cuerpos fueron apilados
En todas partes, donde se celebraban festividades, los cuerpos se
apilaban...
Ur, su fuerza pereció por el hambre,
Ancianos que no pudieron dejar sus casas, fueron consumidos
por el fuego.
Los pequeños que yacían en las faldas de sus madres, como peces
fueron arrebatados por el agua...
La madre dejó a su hija, la gente gimió.
El padre le dio la espalda al hijo, la gente gimió.
En la ciudad, la esposa fue abandonada, el niño fue abandonado,
las posesiones se dispersaron (Samet, 2009: 94-95).

Ante la abrumadora destrucción del paisaje urbano, los hombres que lograron sobrevivir a la guerra y eludir el cautiverio pasaron a residir en una atmósfera lúgubre, llena de confusión y desamparo, asistiendo a la disolución familiar, la fragmentación de la cohesión social y/o muriendo a causa del hambre o de la enfermedad.

Para concluir, nos permitimos señalar que la dimensión emocional de procesos violentos recurrentes y sus secuelas en el psiquismo colectivo mesopotámico del bronce antiguo alcanzaron una magnitud imposible de silenciar, y el mecanismo defensivo del duelo encontró en las *Lamentaciones* su expresión escrita y recitado oral, garantizando –mediante un discurso con tintes teológicos que posibilitó la vinculación entre dioses y hombres– la remembranza del dolor y de la pérdida hasta nuestros días.

Bibliografía

- Bernbeck, R. (2008) “Royal Deification: an ambiguation mechanism for the creation of courtier subjectivities”, en: Brisch, N. (ed.) *Religion and Power. Divine kingship in the ancient world and beyond*, University of Chicago, Oriental Institute Seminars, Nº 4, pp. 157-170.
- Böck, B. (2005) “En torno a las lenguas sagradas y textos sagrados en el Próximo Oriente Antiguo”, en: Bádenas de la Peña *et al* (eds.) *Lenguas en contacto: el testimonio escrito*, Madrid, CSIC, pp. 129-146.

- Cooper, J. (2006) "Genre, Gender, and the Sumerian Lamentation", en: *Journal of Cuneiform Studies*, vol. 58, pp. 39-47.
- Cooper, J. (1983) *Reconstructing history from ancient inscriptions: the Lagash-Umma border conflict*, Malibu, Undena publications.
- Di Benardis, C. (2009) "La expansión territorial de la dinastía sargónica (ca. 2340-2150 a.C.): El País y la Periferia, Fuentes e Interpretaciones", en: *Historiae* 6, pp. 1-38.
- Liverani, M. (1995) *El Antiguo Oriente. Historia, sociedad y economía*, Barcelona, Crítica.
- Rostom Maderna, S. (2005) "Lamentos neosumerios por ciudades destruidas. Continuidad de un rito y género del período protodinástico hasta el período selúcida", en: *Cuadernos del Centro de Estudios de Historia del Antiguo Oriente*, vol. 3, pp. 105-117.
- Samet, N. (2009) *The Lamentation over the Destruction of Ur. A revised edition*, Ramat-Gan, Bar-Ilan University.
- Vanstiphouth, H. (1986) "Some Thoughts on the Genre in Mesopotamian Literature", en: Hecker et al (eds.) *Keilschriftliche Literaturen*, Berlin, Dietrich Reimer Verlag, pp. 1-11.
- Verderame, L. (2009) "La imagen de la ciudad en la literatura sumeria", en: *Rivista Studi Orientali*, suplemento 1, pp. 21-46.